

“La Antártida es la presencia visible del cambio. El tiempo se materializa en un discurrir sin pausa de sol y niebla, de calma, de nevadas y pedregales despejados por el viento, de mareas, de avances y retrocesos de témpanos y escombros sobre la bahía, que efectivamente dilatan y contraen nuestros rudimentarios cronómetros. Es un paisaje en movimiento, nada permanece mas allá del instante. Aquí en la Antártida cada segundo tiene el valor del presente. Aparece y desaparece antes de poder recordarlo.”

Mireya Masó

En *La Antártida. Tiempo de cambio*, Mireya Masó se enfrenta a un paisaje natural apenas intervenido por el hombre, centrando su investigación en los mecanismos de percepción del ser humano, frente un medio en continua transformación. La Antártida es un territorio cargado de peso simbólico en razón de la singularidad de un clima que dificulta su aproximación y de un interés ecológico que, a través de la divulgación, nos familiariza con el continente, a pesar de su distancia. Lo que el viajero experimenta en este paisaje inhóspito es la sensación de poseer una intuición depuradísima: una mayor acuidad respecto al ritmo de los procesos naturales, e incluso la sensación de que estos ritmos nos pueden remitir a una naturaleza primigenia. A pesar de su alteridad, la Antártida no escapa a las leyes del mundo globalizado, pero esta exposición nos anima a actualizar nuestras facultades perceptivas e intelectivas para dismantelar los estereotipos que determinan nuestra contemplación del entorno.

Para la comisaria de la muestra, a medida que la obra de Mireya Masó evoluciona, incluso dentro de la propia serie *Antártida*, se va despojando de cualquier anécdota que pudo integrar previamente para enfrentarse al paisaje desnudo. Hoy sólo hay imagen, sonido y plano fijo: montañas, horizontes, témpanos y presencia humana y animal tratada de modo estático, casi mimético con el paisaje... Al prescindir de actores o de cualquier artificio técnico, *travelling*, panorámica o *zoom*, el espacio desnudo que aparece enmarcado, tanto en la fotografía como en el vídeo, es el “espacio laboratorio” en el que la artista observa, con el método: capturar-aislar-analizar. El tiempo es el material de trabajo en la Antártida y el movimiento que aparece en él contenido, tanto del hombre/cámara como del objeto observado. El cambio es la continua transformación de los elementos, medidos en un movimiento infinito.

En colaboración con la ecóloga marina Mercedes Masó, el trabajo de campo realizado por Mireya Masó en las bases argentinas de la Antártida, durante el verano austral del 2006, es el inicio de un diálogo mantenido con la investigación científica a través de la artística, en torno a la percepción de los cambios en sus diferentes escalas: del paisaje a la microvegetación. Así aparecen fijados los extremos en los que, con la ayuda de la tecnología, se trascienden los límites de la inmediata percepción humana: por un lado, la observación macroscópica, mostrada a partir de los témpanos que conforman el paisaje antártico, y por el otro la captación, mediante instrumentos electrónicos, de los microorganismos que habitan en el hielo. Esta exposición concluye un ciclo de trabajo de cinco años, y presenta material producido especialmente para esta ocasión por Arts Santa Mònica, Barcelona, mostrado por vez primera fuera de España en el Centro Cultural de España en Montevideo.

La obra central de la muestra es la video-instalación, *Tiempo de cambios*, 2006-2010, donde la artista establece un ritmo dinámico claramente perceptible, a través del

desplazamiento de los témpanos y de dos secuencias –una obtenida en el microscopio electrónico y otra recreada por animación– que recorren con la cámara un mismo ejemplar de fitoplancton antártico (*Dictyocha*). En todas sus filmaciones, Mireya Masó emplea la cámara fija para captar la realidad, pero en estos vídeos, situada en la cubierta del rompehielos Irizar, aprovecha los suaves desplazamientos del barco durante las maniobras y mimetiza la deriva de los témpanos en la grabación del paisaje. Este punto de vista se contrapone a la otra visión de las fotografías *Mar de Wedell, Deseado*, que, desde tierra firme, referencian los témpanos arrastrados por las corrientes marinas. En medio de este paisaje en movimiento destaca el estatismo de la presencia humana, suerte de metáfora de su impasibilidad ante los cambios.

Esta misma sensación de temporalidad podemos encontrarla en la serie fotográfica *98 horas. Registro de variabilidad*, que consta de cuatro panorámicas obtenidas desde un punto elevado de la base en días sucesivos. Paralelamente, el resto de las fotografías son vistas del paisaje que indagan en la percepción a través de las condiciones que se producen en el panorama antártico.

A partir de las observaciones de Mireya Masó, y planteados como una investigación simultánea, se expone el resultado de un proceso experimental llevado a cabo por la artista en la construcción de un modelo tridimensional de la estructura de una diatomea, una especie dentro de la microvegetación que integra el fitoplancton antártico. Aunque puede ser prematuro, algunas experiencias en el terreno de la bionanotecnología permiten soñar con materiales que posibiliten otras formas constructivas que las empleadas hasta ahora. Cambiando de escala, se plantea la posibilidad de imaginar según nuevos parámetros, otro tipo de arquitectura que vaya más allá de la inspiración formal proporcionada en el pasado por estos microorganismos y que, teniendo en cuenta los últimos avances tecnológicos, pudieran dar lugar a modificaciones en los elementos y métodos constructivos.

La investigación teórica que da soporte a esta exposición se expone en una publicación con textos de Vicens Altaió, director del Centre d'Art Sta Mònica, de la comisaria Alicia Chillida, del científico Josep Perelló, jefe del Área de Ciencia del Centre d'Art Santa Mònica, la ecóloga marina Mercedes Masó, los filósofos Víctor Gómez-Pin y Enric Puig, entre otros y además, recoge un diálogo cruzado entre ciertas cuestiones planteadas por Mireya Masó y las respuestas, aportaciones y observaciones, desde sus respectivos campos, de científicos como Ted Scambos, Renate Scharek, José Manuel Fortuño y Richard Gordon. Lo que supone profundizar en el diálogo surgido desde el inicio de la investigación respecto a este ciclo antártico entre la visión artística y la científica.